

limbo

Núm. 41, 2021, pp. 27-44

ISSN: 0210-1602

Contra las raíces. Santayana, filósofo en tránsito

GIUSEPPE PATELLA

RESUMEN

Santayana ha sido un filósofo viandante y su pensamiento una filosofía en tránsito entre culturas, lenguas, ciudades y doctrinas diferentes; una filosofía en diálogo constante entre pasado y presente que, en cuanto tal, es antitética a todo fanatismo y dogmatismo. Su pensamiento refleja nuestra misma semi-nómada experiencia de estar sin raíces, como animales y no como plantas, con el movimiento constante de la imaginación y la inteligencia que permite no sentirse nunca en casa, pero al mismo tiempo sin meta, por lo tanto siempre en tránsito, *in between*, en el espacio intermedio entre el estar y el partir.

La de Santayana es así una filosofía del tránsito y del intermedio, esto es, de la mediación que separa o de la distancia que une, según el principio barroco del *ingenio*, que consiste en acercar cosas a primera vista lejanas y en hacer distantes cosas a primera vista próximas. Poquísimos pensadores «ingeniosos» como Santayana han logrado unir corrientes y escuelas de pensamiento diferentes, dando vida a una obra global que es la síntesis de lo que hay de más universal y más rico entre la cultura europea de la Antigüedad, la tradición mediterránea clásica y moderna, y la americana del naturalismo y pragmatismo.

Palabras clave: Santayana, viaje, tránsito, *in between*, ingenio.

ABSTRACT

Santayana has been a wanderer philosopher and his thought can be considered a philosophy of transit between different cultures, languages and doctrines: as such a philosophy against any dogmatism and fanaticism. His thinking reflects our semi-nomadic experience of being rootless, as animals and not as plants, guided by the imagination and intelligence that allow us to never feel at home but at the same time aimless, therefore always in transit, in the intermediate space between staying and leaving.

His can be called a philosophy of *between*, that is, of the mediation that separates or of the distance that unites, according to the baroque principle of *ingenuity*, which consists in bringing together things at first sight distant and in removing things at first sight close. Very few ingenious thinkers like Santayana have been able to combine different movements and schools of thought giving life to a global work that is the synthesis of what is more universal and richer among the European culture of antiquity, the classical and modern Mediterranean tradition, and the American philosophy of naturalism and pragmatism.

Keywords: Santayana, travel, transit, in between, ingenuity

EL VIANDANTE

En uno de sus libros más conocidos, *Escepticismo y fe animal*, Santayana afirmaba poder vivir y filosofar «bajo cualquier cielo» [Santayana (1923), p. 14] puesto que el suyo en el fondo era un filosofar «a la luz de la eternidad». Esta afirmación —que me parece la expresión más explícita y sincera de su cosmopolitismo— no es más que el resultado de una vida vivida toda ella bajo el estandarte de la libertad y del movimiento incesante de ideas, que siempre han caracterizado su filosofía del viaje. El pensamiento de Santayana puede en efecto ser considerado una filosofía del viaje y en viaje, una filosofía en tránsito perenne entre culturas, lenguas, países, ciudades, ideas, filosofías y escuelas de pensamiento diferentes, una filosofía en diálogo cons-

tante con las tradiciones del pasado y en confrontación crítica con las corrientes filosóficas del presente que, en cuanto tal, se presenta como un pensamiento antitético a todo fanatismo y dogmatismo.

Esta filosofía del viaje es por lo demás perfectamente coherente con una existencia nómada, por así decirlo, aunque nunca inquieta, como la de Santayana, el cual se mueve continuamente entre ciudades y países diversos desde su nacimiento. Es sabido de hecho que, después del nacimiento en Madrid en 1863 y del traslado a la edad de 8 años a Boston, donde estudia y después enseña en Harvard junto a eminencias como Royce y James, hasta 1912, año en el que deja Estados Unidos, Santayana viaja incansablemente por todos los principales países occidentales y cambia continuamente de residencia de Alemania a Inglaterra, de España a Francia, sin volver nunca más a América. Como narra él mismo en su autobiografía *Personas y lugares*, en torno a los años veinte llega a Roma y aquí, aparte de algunos períodos estivales que pasa en la montaña en Cortina d'Ampezzo, en Suiza o en España, permanecerá sustancialmente hasta su muerte, que acontece en 1952.

Con su libre vagar intelectual de ciudad en ciudad, casi caracterizado por el lema agustiniano por el cual el mundo es como un libro abierto y quien no viaja lee sólo una página, Santayana parece evocar la figura medieval del *clericus vagans*, o sea, literalmente, del sabio itinerante o mejor del intelectual vagabundo, esto es, un espíritu libre de estudioso dotado de una gran cultura que no depende directamente de ninguna institución y que hace de su libertad intelectual su propia misión. Aunque, en términos más propiamente filosóficos, es en la figura del *frei geist* en la que hay pensar, esto es, del espíritu libre de nietzscheana memoria. El filósofo se convierte en este sentido en un viandante, un pensador en camino correspondiente al prototipo de viajero moderno, que se mueve no sólo entre lugares físicos lejanos y distantes, sino entre mundos, horizontes, registros y metáforas continuamente diversos que se refieren también a la experiencia contemporánea del viaje y de la movilidad que transforma el modo de vivir, de ser y de pensar.

No tengo nada que enseñar, escribía Santayana, sólo quisiera ser para siempre un estudiante, un estudiante ambulante, que viaja a través de países, culturas y doctrinas diversas.

En cierto sentido, él recuerda precisamente la figura del viandante del que habla Nietzsche en *Humano, demasiado humano* (af. 637), para el cual el viandante representa un nuevo tipo de hombre, el emblema del hombre moderno que entiende la vida como un continuo realizar, que vive libre de prejuicios y de lugares comunes, que sigue la ética del coraje y de la audacia que es propia sólo de los hombres libres y artífices del propio destino.

La figura del viandante, como es sabido, posee una historia larga y consolidada, se inserta en la tradición de la metáfora del viaje como metáfora del conocimiento y de la formación: es un *tropos* tanto de la tradición clásica, como, sobre todo, de la tradición moderna y romántica.

También en filosofía la del viandante es desde siempre una imagen recurrente, está ligada a la misma idea de filosofía. Si el viandante es aquel que va en camino, la misma figura del filósofo está ligada al camino, tanto si se habla de «método» (como es sabido, *metahodos* quiere decir precisamente «según el camino»), como si se habla de viajes o de fugas (piénsese en Platón por ejemplo), como si se trata de un vagabundo a la búsqueda de sí o de una fuga de sí mismo (como por ejemplo, en el caso de Nietzsche).

La figura del viandante, el *Wanderer*, representa en todo caso una figura de pensamiento compleja, una imagen que no se deja recomponer en un concepto unitario, porque es esencialmente errante e indefinible.

Entonces, no hay duda de que Santayana pertenece a la misma categoría de personas a la que pertenecen espíritus libres y viandantes impenitentes como Spinoza o el propio Nietzsche, esto es, a aquéllos que piensan filosóficamente para liberar la propia existencia y no —como recuerda Fernando Savater— para dar lecciones de filosofía. Si Santayana confesaba abiertamente no tener nada que enseñar prefiriendo más bien ser un estudiante ambulante, es exacta-

mente porque no siente pertenecer a aquella categoría ya abarrotada de los profesores de filosofía, esto es, de quienes son habituados a impartir *ex cathedra* presuntas lecciones magistrales de filosofía, sino más bien a aquella categoría, siempre más escasa, de los verdaderos maestros del pensamiento, de los que practican hasta el final la libertad de pensar, que entienden la filosofía no como una profesión, sino como un modo de ser y un estilo de vida, y que reflexionan y escriben esencialmente para hacer libre ante todo la propia (e indirectamente también la de los demás) existencia.

A CONTRACORRIENTE

Como pensador ajeno a toda escuela, a toda corriente, Santayana no ha parado jamás de vivir como ha pensado, lejos de todo fanatismo y de todo exceso, de manera discreta y casi solitaria, como hombre tranquilo, como cosmopolita en continuo movimiento entre mundos diversos.

Santayana es, en efecto, desde siempre inclasificable, porque se mueve en los márgenes, en los límites, en una posición descentrada y a contracorriente, extraño a las corrientes dominantes y a las sectas, fuera del gusto dominante y fuera del tiempo, o quizás «intempestivo» se podría decir de nuevo con Nietzsche. La sensación de sentirse fuera de lugar, como un extranjero, nunca en casa, le acompaña desde la infancia, desde que, a la edad de ocho años, es llevado a Boston, en Estados Unidos y crece allí en un ambiente completamente nuevo y distinto del español de origen. Es aquí cuando comienza a desarrollarse la necesidad intelectual de viajar a lugares diversos, reales e imaginarios. «Toda mi vida —escribe en la autobiografía *Personas y lugares*, cuyo título es ya todo un programa de viaje— he soñado viajes posibles e imposibles, viajes en el espacio y en el tiempo, viajes en otros cuerpos y mentes extrañas» [Santayana (1986), p. 477].¹ Y son estos viajes del intelecto los que le ayudan a superar el desprecio que alberga respecto a su tiempo y a su ambiente de adopción, como escribe él mismo. Con el paso del tiem-

po, comienza, sin embargo, a pensar que su condición de accidental ajenidad se puede transformar en una suerte y en un motivo de orgullo. El sentirse perennemente extranjero, como un expatriado sin patria, casi por casualidad se convierte en realidad en la condición de su libertad espiritual, se transforma en una verdadera y propia vocación. Una vocación no mejor que otras, en lo que concierne a su sistema —escribe— «no admito normas absolutas», sino una vocación «más especulativa, más libre, más justa y para mi más feliz» [Santayana (1986), p. 569].

Como un nómada del pensamiento y de la filosofía, en su condición de extranjero que vive en una especie de limbo (el limbo es uno de los lugares simbólicos recurrentes de su pensamiento y da el título a su obra *Diálogos en el limbo*), Santayana es ciertamente un viajero solitario, pero no solipsista, siempre errante, pero nunca absolutamente inquieto: «No he sido nunca atrevido —escribe en su autobiografía— necesito estar tranquilo para poder ser libre» [Santayana (1986), p. 55]. De hecho, para poder sacar provecho de su inteligencia, su ironía, su profundidad, Santayana necesitaba no obstante tiempo para establecerse en un lugar, para comprender a fondo el espíritu y para poder entablar relaciones de amistad, y de este modo hacía en todos los lugares en los que vivió durante algún tiempo, desde Madrid a Londres, desde Berlín a París. Sin embargo, puntualmente, ocurría que un buen día, de repente, sin advertir a nadie, dejaba la ciudad en la que se encontraba, partía casi sin motivo, con absoluta discreción, sin llamar la atención, en busca de un lugar para él más agradable.

«Me gustaba ser extranjero», escribe de nuevo en la autobiografía, «era mi destino» [Santayana (1986), p. 588]. No se sentía perteneciendo a un lugar de modo particular, era como un forastero, extraño a las pasiones y a las sacudidas de su tiempo, despegado y resguardado de los dramas políticos del siglo veinte. Así, participó poco en los desórdenes y en las transformaciones radicales de su tiempo al abrazar una visión esencialmente escéptica o incluso conservadora del juego político.

Su condición era, en efecto, la de quien se siente serenamente extranjero en cualquier parte, como preso en una clase de autoexilio sin un verdadero exilio, como la de aquel que se retira del mundo pero continuando dentro del mundo, de quien toma distancias para poder sin embargo comprenderlo mejor. Es, por otro lado justamente esta la actitud misma del filósofo, que se aleja de las cosas, que realiza una especie de *epojé*, una suspensión fenomenológica que pone entre paréntesis la perentoriedad de sí mismo y del mundo, para tratar de captar la esencia.

Y desde este punto de vista, ¿qué es la autobiografía sino el viaje hacia atrás de un hombre que observa las cosas desde una cierta distancia, la única condición posible para poderlas reordenar, reconstruir y al mismo tiempo describir y narrar? Y en su autobiografía Santayana es un agudo observador de sí mismo y del mundo desde una perspectiva despegada y serena que parece casi irreal y fuera del tiempo.

UNA ENIGMÁTICA SERENIDAD

Y, en efecto, la vida de Santayana, tal como emerge de su autobiografía, da la sensación no tanto de irresolución o de incompletud como sobre todo de enigma y de mesura. Donde enigmática es la condición de quien cultiva la duda, de quien rechaza los extremismos, evita toda exageración, tanto por exceso, de modo que se transforme en exaltación, como por defecto, de modo que se caiga en la desesperación. En este sentido, la mirada de Santayana es ciertamente enigmática, como la de la Gioconda, que parece observar a los hombres y a las cosas a distancia con la frialdad del entomólogo, pero es precisamente su enigmática serenidad, hecha de control y dominio de sí, la que lo libera de los excesos del dogmatismo y del fanatismo, así como lo que da sentido trágico de la existencia. Solía a menudo repetir que «vivimos dramáticamente en un mundo que no es en absoluto dramático». Fernando Savater lo define eficazmente «un anti-epiléptico en un mundo convulso» [Savater (2012), p. 78]. Es

por lo demás precisamente la medida, la discreción, la cifra de su existencia, quizás también el apego al buen sentido común.

«Me hallo en filosofía exactamente donde me hallo en la vida diaria; de lo contrario, no sería honesto» [Santayana (1923), p. 10], escribe en *Escepticismo y fe animal*. Su reflexión está ligada a aquella que, en otro lugar, he definido como «mediterránea sensatez», puesto que parte siempre de la experiencia y de la vida natural, del sentido común entendido como sano «buen sentido», y a ellos hace constante referencia. En su filosofía no encontramos ninguna aspiración a los máximos sistemas, así como ninguna apelación a la trascendencia, ninguna búsqueda del absoluto ni de la autenticidad, así como ninguna llamada al poder del superhombre ni a la mística del Ser, sino sólo un riguroso ejercicio de sano escepticismo, basado en un sentido de naturalismo impregnado de ironía y de distancia. En este sentido la suya no fue nunca una filosofía utópica, militante, impetuosa, sino sobre todo una filosofía del desengaño, del desapego, del traslado y del tránsito.

He aquí de nuevo el tránsito, el viaje, el trasladarse continuo y real entre países, hombres y sobre todo ideas. Su ir y venir entre las personas, los lugares y los pensamientos, es una actitud mixta de curiosidad y de ironía, de ligereza y, al mismo tiempo, de profundidad, que refleja hasta el final sus múltiples exploraciones intelectuales condensadas en todas sus obras que no por casualidad atraviesan los campos más variados del saber, desde la poesía a la religión, desde la ética a la política, desde la ciencia a la literatura y al arte.

CONTRA LAS RAÍCES

Ahora bien, qué sea una «filosofía del viaje» nos lo cuenta el propio Santayana en un ensayo así titulado publicado póstumamente en 1964 (traducido al español en el número 21, del 31 de diciembre de 1964, de la *Revista de Occidente*), pero que se remontaría a los años juveniles, en torno a 1920, por tanto antes de que dejase definitivamente Estados Unidos y se trasladara a Europa.

En este ensayo, Santayana comienza inmediatamente preguntándose de manera retórica qué sea la vida «sino una forma de movimiento y un viaje a través de un mundo extraño». Y el movimiento, como es sabido, es el privilegio de los animales y justamente por él se debe «la clave de la inteligencia», escribe. Como animales y no como plantas, los seres humanos no tienen raíces, reales o metafóricas, los vegetales en cambio, con sus raíces, por las que se nutren, están obligados a permanecer fijos en un lugar, a vivir clavados al terreno o morir. Contrariamente a las plantas, por tanto, nosotros podemos fluctuar libremente por la tierra, tenemos ojos e imaginación mediante la cual podemos figurarnos los lugares más diversos.

Es pues la fuerza del movimiento lo que modifica las cosas en la vida de los animales, transformándola en una vida de pasión, y es precisamente por la pasión como se funda la inteligencia, la cual es justamente curiosidad, deseo, impulso a moverse, a buscar. Es el feliz intento, escribe Santayana, de encontrarse en dos lugares simultáneamente. En este sentido es precisamente la posibilidad de viajar la que da sentido a las imágenes de los ojos y de la mente, que, de lo contrario, serían sensaciones simples y vacías.

Santayana en este punto hace un interesante elogio de una filosofía peripatética, a contracorriente respecto de los pensadores considerados «estáticos», aludiendo, tal vez, a los místicos o a los religiosos perdidos en la niebla de sus sueños y alejados del mundo material, porque pensar en movimiento, escribe, caminando y no estando quietos, teniendo atentos y abiertos los pensamientos, lleva a considerar las cosas reales en su orden real. Quien piensa caminando es ávido de descubrimientos, propenso a las novedades, sonriente a cada pequeña contingencia.

Santayana, en definitiva, pasa revista a las diversas formas del viajar humano: desde la migración —que es una forma radical y trágica de viajar— a la exploración, que es una forma de viajar movida por el gusto por la aventura; desde el exilio, que requiere un verdadero cambio interior del alma, al vagabundeo, que no contempla ninguna adaptación al ambiente e implica una continua fuga de sí mismo.

En definitiva, son descritas dos figuras típicas del viajero: el mercader y el turista. El primero es el «más legítimo, constante y normal de todos», escribe, mientras que el segundo es el más notorio y, hoy, el más difundido. Todos los turistas, escribe, «son bien amados de Hermes, el dios de los viajes, que es también patrón de la curiosidad amable y de la mente abierta».

En general, concluye Santayana, «cuantas más costumbres y artes haya asimilado el viajero, más profundidad y deleite hallará en las costumbres y las artes de su propia tierra», sabiendo sin embargo que «lo último que desea un hombre que verdaderamente aprecia el sabor de algo y comprende su raigambre es generalizarlo o transplantarlo». En este sentido, lo que cuenta para Santayana no es tanto el viaje en sí o el número de países o de ciudades visitadas, como la sabiduría que deriva de la posibilidad de viajar, que está en el «trasladarse lo más frecuentemente posible desde lo acostumbrado a lo extraño», escribe, porque es esto lo que «conserva ágil la mente, destruye los prejuicios y fomenta la jocundia».

EL VIAJERO COMO ARTISTA

A la luz de estas consideraciones, se podría ahora preguntar cuál es el verdadero viajero y qué característica debe tener. Santayana responde a esta pregunta en la autobiografía, donde escribe que ese es el «viajero filosófico», no el «frívolo turista», como los llama, en busca de lugares pintorescos, cuya mente es sólo «un álbum de instantáneas y de retazos» o el «inútil vagabundo», que vaga deambulando sin propósito de país en país. Pero tampoco es «ambulante en busca de ganancia o un emigrante en busca de un terreno libre». El viajero filosófico, el filósofo peripatético, o el «viajero nato» como Santayana mismo se siente, es el verdadero viajero, el que antes de ponerse en marcha tiene intereses y facultades bien determinadas, el que sabe de dónde viene y está listo para ponerse en camino con discreción y manteniendo siempre «la dignidad de un invitado». En todo caso, escribe, continua «siendo un extranjero, por

benévolo que sea, y un crítico por agradecido que sea» [Santayana (1986), p. 479].

En síntesis, el verdadero viajero debería ser como un artista, esto es, quien es capaz de «recomponer lo que ve, que puede llevarse la pintura y añadirla a un transmisible fondo de sabiduría, no como una experiencia diversa, sino como una perspectiva corregida por la verdad» [*idem*]. En efecto, el estímulo que mueve a Santayana es la búsqueda de visiones y de imágenes capaces de evocar testimonios del espíritu y de las esencias más allá de los lugares comunes o de las apariencias. Es la búsqueda de visiones sublimes expresadas sobre todo por los testimonios de los artistas en sus creaciones arquitectónicas, artísticas o poéticas. «Emprendía mis viajes —escribe— con un personal interés moral no científico. Quería aclarar e intensificar mi sentido de lo humanamente bello. Quería medir la distancia y los pasos entre la vida racional, vivida a la luz de la verdad, y la ciega vida diversa» [Santayana (1986), p. 483].

Entonces, en cuanto viajero incansable, no es una casualidad que Santayana fuese devoto de Hermes, el dios del viaje, el mensajero de los dioses, el que representa el movimiento, el paso, el tránsito, el que viene de lejos, no tiene casa propia, encuentra casa en cualquier parte y está listo para partir en cualquier momento. Y Santayana habla de respetar a Hermes justamente por su «encantadora unión de juventud y experiencia, diligencia y prudencia, modestia y risa» [Santayana (1922), p. 249].

UNA FILOSOFÍA DEL INTERMEDIO

Su pensamiento refleja en el fondo nuestra misma semi-nómada experiencia de estar constantemente fuera de lugar, de no sentirse nunca en casa, pero al mismo tiempo nunca completamente perdidos por la calle, sin meta, por lo tanto siempre en tránsito, siempre *in between*, se podría decir.

En este sentido su filosofía del viaje es tal además porque es una filosofía del *between*, esto es, de la mediación que separa o de la dis-

tancia que une. El término «*between*», que traduce la palabra griega *metaxú* (de *meta* que quiere decir «en medio», «entre», y *syn*, que quiere decir «con», «junto») denota el espacio que está en medio y que pone en relación, indicando casi paradójicamente por un lado un estado de separación y por el otro un movimiento de acercamiento. En éste encontramos pues tanto la distancia existente entre dos términos como su cercanía. Desde esta perspectiva, la relación entre el dentro y el afuera, entre el estar y el ir, entre el detenerse y el viajar, no es pensada en términos de contraposición radical y por tanto después resuelta bajo la forma de una resolución dialéctica, sino en la forma de complementariedad a través de un *between*, que mantiene unidos los términos mediante el emerger de su distancia. Es en el espacio intermedio en el que se pone entre el ir y el venir, entre el estar y el partir donde se desenvuelve en el fondo la vida de los seres humanos en este mundo.

Una filosofía del viaje, del intermedio o del paso, que se puede imaginar a través de la metáfora del puente, en el que la tarea del filósofo es exactamente la de acercar, unir y articular ideas, conceptos, perspectivas y prácticas diversas y de mantenerlas unidas a pesar de su distancia. A la base de este concepto está en el fondo el principio barroco del ingenio, que consiste exactamente en acercar cosas a primera vista lejanas y diversas y en hacer distantes cosas a primera vista similares y próximas. Desde este punto de vista poquísimos pensadores «ingeniosos» como Santayana han logrado unir disciplinas y escuelas de pensamiento diversas y poner simbólicamente en contacto los mundos rozados por las dos orillas del Atlántico, dando vida a una obra global que es exactamente la síntesis de lo que hay de más universal y más rico entre ambas culturas: la europea de la Antigüedad, la tradición mediterránea clásica y moderna, y la americana del naturalismo y pragmatismo.

La filosofía del viaje de Santayana, como su vida, está en efecto compuesta de un constante ir y venir, de un continuo estar y al mismo tiempo ir, de un tránsito incesante entre la búsqueda de los propios orígenes y su obstinado alejarse de ellos, siempre con la con-

ciencia de la imposibilidad de un dichoso fin o de un feliz retorno a casa, como Ulises en su Ítaca, o de la llegada a la tierra soñada de Eldorado.

«**TODOS LOS CAMINOS PARTEN DE ROMA,
MÁS QUE LLEGAN A ROMA**»

En esta perspectiva, también cuando el Santayana maduro encuentra en Roma su «buen retiro», busca no tanto una sociedad ideal, como escribe en la autobiografía, como un lugar tranquilo y hospitalario donde poder continuar trabajando en paz; busca sobre todo «soledad e independencia», pero no a la manera inglesa de una tranquila vida de campo, cuanto, más bien, escribe, «a la manera de los filósofos antiguos, a menudo en exilio, pero siempre a un paso del mercado y del teatro» [Santayana (1986), p. 555]. De nuevo es por tanto el paso, el espacio intermedio, el tránsito entre el adentro y el afuera, entre el estar y el ir lo que le interesa. Quizás sólo en Roma se puede ser extranjero y desterrado, expatriado sin patria, exiliado sin exilio —como alguno ha dicho— y precisamente por esto sentirse ciudadano del mundo. Roma le permite así —escribe— «el divino privilegio de la ubicuidad sin moverme de mi predestinado centro de gravedad y de equilibrio» [Santayana (1986), p. 497].

Vivir en Roma debía de ser para él como sentirse en casa sin tener una casa. De hecho, habiendo vivido en muchas ciudades, aquí como en cualquier parte no había nunca tenido una casa propia, porque debía parecerle un poco como echar raíces en un lugar, sino que vivía en una habitación de hotel, en el hotel *Bernini*, en la Piazza Barberini.

Entonces, la de Santayana se puede definir una auténtica filosofía del viaje porque se mueve en dirección opuesta respecto de una idea de sedentarismo, de fijeza, de arraigo, que está encerrada perfectamente en la imagen de las raíces, que Santayana no por casualidad usa en su estudio sobre el viaje que hemos recordado antes. Precisamente porque no somos árboles o plantas, que no pueden alejarse de

las propias raíces más que al precio de secarse y por tanto morir, sino seres humanos no clavados a ningún lugar de manera particular, podemos movernos libremente sobre la tierra, cambiar continuamente de posición en busca de nuevos espacios para nosotros siempre más agradables. En este sentido «ser sin raíces» significa además reivindicar una idea de tradición y por tanto de identidad entendida como apertura, como posibilidad *horizontal* de movimiento e inclusión, que no viene ciertamente de la tierra, sino que es en cambio el lugar en el cual las raíces verticalmente se hunden. Esta idea de tierra por lo demás lleva consigo también la idea de *autochthonía*, como la llamaban los Griegos, esto es, la pretensión de ser los únicos hijos de una cierta tierra y por esto legitimados para sentirse superiores a aquellos que llegan después.

Rechazar la imagen de las raíces y de la tierra, en este sentido, significa concebir la existencia como algo libre y abierto, ir más allá de los límites angostos del propio país, de la propia tierra y de la propia conciencia o identidad. Esto no significa sin embargo negar la idea de tradición en sí, sino simplemente entenderla no más en términos «verticales» como algo que se clava a la tierra y nos hace prisioneros, sino por ejemplo en sentido horizontal como posibilidad de integración y de intercambio con otras tradiciones. A este propósito en lugar de la imagen de las raíces, de las plantas o de los árboles, se podría más bien recurrir a la imagen, horizontal, de los ríos y de los afluentes. Se podría así decir que más que árboles que permanecen fijados a sus raíces o de lo contrario mueren, nosotros podemos imaginarnos como ríos, fuentes o arroyos, cuya agua fluye, crece y engrosa uniéndose a otros cursos de agua y combinándose de manera libre.

Esta idea de tradición entendida en sentido horizontal, abierta, múltiple e inclusiva, es exactamente aquella propia de la ciudad de Roma, cuyos habitantes desde la Antigüedad amaban poner a los orígenes de la ciudad no una estirpe autóctona, como en cambio hacían por ejemplo los atenienses, que se decían nacidos de la tierra ática, sino una mezcla de pueblos y de culturas diversas. Ya Tito Livio escribía que «de las poblaciones vecinas confluó [en el

asylum creado por Rómulo después de la fundación] una muchedumbre *indiscriminada* —no importaba que fuesen libres o esclavos— de gente anhelante de novedad». Y significativamente el historiador romano añade: «éste fue el inicio y el nervio de la futura grandeza» (*Ab urbe condita*, I, 8). Roma pues se puede llamar grande justamente en la medida en que acoge, integra y mantiene unido, convirtiéndose en símbolo de la encrucijada de pueblos, culturas y tradiciones diferentes.

Es quizás entonces en este sentido en el que Santayana puede decir que en Roma se siente «más en casa que en cualquier otro lugar», manteniendo su condición «esencial de extranjero y de viajero, con la libertad filosófica que esto implica» [Santayana (1986), p. 497]. Por otro lado, sólo quien tiene un lugar de la memoria puede ser un verdadero cosmopolita, un verdadero ciudadano del mundo, precisamente como Santayana, de lo contrario se es sólo un apátrida, sin historia, sin pasado y sin porvenir. ¿Y qué mejor lugar de la memoria que Roma, donde se puede tener a disposición el patrimonio de la cultura clásica, la tradición griega, latina y cristiana juntas? La historia y el arte cristiano, escribe Santayana, contenían todas «mis tradiciones espirituales», «mi lenguaje moral e intelectual» [Santayana (1986), p. 479].

No se debe sin embargo creer que Roma represente para Santayana la ilusión utópica de la ciudad ideal soñada por los viajeros románticos enamorados de Italia y del *Grand Tour*, de donde extraer el espíritu antiguo en su pureza arcaica. Al mismo tiempo su decisión de vivir en Roma no es ni siquiera un recurso de último momento o una elección casual: «Italia y Roma —escribe en la autobiografía— eran mi primera elección, mi punto estratégico ideal de pensamiento, el único centro antropológico donde la naturaleza y el arte eran sumamente bellos y la humanidad apenas desviada por su carácter completo» [Santayana (1986), p. 559].

Desde este punto de vista, Roma representa el punto de llegada pero también el punto de partida para Santayana, simboliza todo lo que un patrimonio cultural y moral debe ser y todo de lo que su fi-

losofía está a la búsqueda: esto es, el puente entre el pasado y el futuro, el encuentro entre lo antiguo y lo moderno, el diálogo entre el mundo pagano y el cristiano, entre espíritu y materia, el acuerdo del arte con la vida. Él puede así escribir que Roma es *mater et caput*, «madre y cabeza de su mundo moral», el lugar escogido donde poder cultivar el intelecto y la imaginación, la razón y la experiencia, la memoria y el espíritu, el lugar del alma en el que el pasado tiene aún un futuro y el futuro tiene un corazón antiguo. Roma, escribe en su novela bestseller, *El último puritano*, es la ciudad de cualquiera que sea consciente del pasado y crea que éste tenga un futuro. Así es que, el antiguo refrán, «todos los caminos llegan a Roma», en Santayana se convierte en: «todos los caminos parten pues de Roma, más que llegan a Roma», como hace decir a Mario, uno de los protagonistas de su gran novela.

De este modo, al contrario que Ulises, que después de infinitas peripecias vuelve a la patria, hacia su pasado en la tierra de origen, Santayana no hará nunca un verdadero retorno a la patria, a la tierra de sus padres, a Ávila, a España, como haría todo buen nacionalista digno de este nombre. Su retorno es, sí, hacia el pasado pero no el pasado suyo personal, sino el de todos, donde todo ha comenzado, en la ciudad de la que todo ha partido y de la que todo parte aún. Lo dice Santayana mismo en la autobiografía: «En Roma, en la Ciudad Eterna, me siento más cerca de mi pasado y de todo el pasado y el futuro del mundo» [Santayana (1986), p. 556].

En conclusión, podemos decir que Santayana ha hecho tanto de su vida como de su obra un largo viaje, físico y mental, entre personas, lugares e ideas lejanas y diversas, en el espacio y en el tiempo, *Personas y lugares*, como dice precisamente el título de su autobiografía, que describe diversos momentos en los que invita a los lectores a rehacer con él el largo e interesante viaje de su existencia. Un viaje incesante de ciudad en ciudad en busca de un sentido más que de una casa, de un residir reflexivo que sea al mismo tiempo un lugar de paso, una estación transitoria de un viaje incesante cuyo movimiento continuo asegura que ninguna verdad es la definitiva, que

ningún lugar es el final. Ni siquiera el punto de llegada último (Roma) puede constituir el punto de llegada definitivo.

¿Qué podría enseñarnos hoy, en tiempos de miseria y de inmovilidad, este desilusionado y distante pensador? Quizás precisamente la necesidad del viaje, la necesidad de una mirada desde fuera, de una perspectiva diferente, la sabiduría del desapego, la ironía desencantada de un sano escepticismo que nos resguarde de todo fanatismo y dogmatismo. Por lo demás ponerse en viaje, estar en camino significa moverse a tientas, no poseer certezas absolutas, significa arriesgarse, exponerse continuamente a la posibilidad del cambio, del fracaso y del error. La verdad misma, en este sentido, como la vida, está en tránsito. Y Santayana es perfectamente consciente de la naturaleza esencialmente transitoria de nuestro viaje sobre la tierra, nuestra condición de «viajeros natos» y de intelectuales perennemente en tránsito entre confines bien delimitados que sin embargo no limitan en absoluto nuestros pensamientos y nuestra imaginación.

Traducido del italiano por Jéssica Sánchez Espillaque

Università di Roma «Tor Vergata»

Facoltà di Lettere e Filosofia

Via Columbia, 1

I - 00133 Roma - Italia

patella@lettere.uniroma2.it

NOTAS

¹ Para la traducción de las citas de Santayana se utiliza la versión española recogida en las «Referencias bibliográficas» así como su paginación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BELTRÁN LLAVADOR, J. (2002). *Celebrar el mundo. Introducción al pensar nómada de George Santayana*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2002, 2.^a ed. 2008.

- MORENO MORENO, D. (2007). *Santayana filósofo. La filosofía como forma de vida*, Madrid, Trotta, 2007.
- PATELLA, G. (2010). *Belleza, arte y vida. La estética mediterránea de George Santayana*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2010.
- SANTAYANA, G. (1922). *Soliloquies in England and Later Soliloquies*, New York, Charles Scribner's Sons, traducción española de Daniel Moreno, Madrid, Trotta, 2009.
- (1923). *Scepticism and Animal Faith*, New York, Charles Scribner's Sons, traducción española de Ángel Faerna, *Escepticismo y fe animal*, Madrid, Antonio Machado, 2011.
- (1935). *The Last Puritan* [1935], Cambridge: The MIT Press, 1995; traducción española de Ricardo Baeza (1940), *El último puritano*, Barcelona, Edhasa, 1981, 2 vols.
- (1986). *Persons and Places: Fragments of Autobiography* [1944-1953], eds. William G. Holzberger and Herman J. Saatkamp Jr. Cambridge, The MIT Press, 1986; traducción española de Pedro García Martín. *Personas y lugares*, Madrid, Trotta, 2002.
- (1964). «The Philosophy of Travel», *Virginia Quarterly Review*, n.º 40 (1964), recogido en *The Birth of Reason and Other Essays*, New York, Columbia University Press, 1968; traducción española «Filosofía del viaje», en *Revista de Occidente* NS, n.º 21 (1964), pp. 276-287, disponible en *A parte rei* n.º 15 (2001). Traducción italiana de Giuseppe Patella, «Filosofía del viaggio», en George Santayana/Giuseppe Patella, *Filosofía del viaggio*, Roma, UniverItalia, 2013, pp. 7-22.
- SAVATER, F. (2012). *Acerca de Santayana*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2012.